

C
861
F
RQ 7297
Fd
M5



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Tip. Cunill & Escobar, S. en C.—México, D. F.

Coqueto como un ramito que en la mañana azul de alegre día de fiesta envía el novio a la novia, es el tomo de versos que con el título de *Mirtos* (*) acaba de publicar D. Enrique Fernández Granados. Parece, en verdad, un breve ramo de mirtos atado con listón color de rosa. Linda es la edición, hecha en la casa de Escalante, y en las cincuenta y una páginas del brevísimo volumen, aparecen los versos entre franjas rojas, como en el cuadro de una ventana orlada de clavellinas. Precioso es el *porta-bouquet* y mucho más bellas son las flores.

(*) Nombre del libro en que el autor publicó sus primeros versos, de los cuales algunos van reproducidos en esta edición, últimamente retocados por él.

El Sr. Fernández Granados es muy joven. ¡Porque amanece en su poesía tienen los versos que hace tantas y tan brillantes perlas de rocío! Están frescas sus composiciones; llevan el pelo suelto; son muchachas hermosas que regresan, cantando, del baño matinal. Todavía para ellas el amor consiste en dar un beso.

¿Queréis imaginaros las inspiraciones de este poeta? Figuraos muchas mariposas. La musa de Fernández Granados es verdaderamente un chupamirto.

Para aligerar su vuelo, huye del consonante, huye del endecasílabo, y está más a su gusto en esas breves y flexibles anakreónticas, en las que semeja el pensamiento algo muy sutil, aéreo casi; algo como una abeja que liba el jugo de la flores sin posarse en ellas ni doblar sus pétalos. ¡Zumba, vuela y huye, estremeciéndose con la embriaguez deliciosa de la miel!

La poesía del autor de *Mirtos*, no es, en rigor, una poesía propia, nacida en el alma; tampoco me resigno a llamarla poesía arcaica, porque este vocablo trae aparejada cierta idea de vetustez, y los versos a que me refiero son muy

juveniles: la llamaré mejor poesía libada. Es un néctar bebido en flores jonias.

En el grupo a que Fernández Granados pertenece, en el grupo del Liceo Mexicano, hay un poeta que será un poeta viril: José M. Bustillos. Ya a éste le ha dolido la vida. En algunos de sus versos hay tantas lágrimas como gotas de rocío en los de Fernández Granados. Pero no quiero hablar de él tan de pasada: deseo hablar largamente de esa bella esperanza de las letras y de todo ese Liceo, de esa capillita simpática de los *primeros comulgantes* de la literatura—si se me permite el galicismo—que van todavía con la cinta de raso blanco atada al brazo, y que sin orgullo, sin jactancia, oyendo con buena voluntad las advertencias y consejos de sus hermanos mayores, caminan bulliciosos y risueños, como los arroyuelos van al mar. De tiempo atrás, tienen establecido un periódico más literario, más cuidado, más importante y *representativo*, a pesar de su pequeñez, que otras presuntuosas publicaciones sendo-literarias. Estudian, trabajan, crecen. ¡Descuidad—les digo yo—esa pequeña capilla será un templo!

Ya han producido trabajos tan sesudos, tan eruditos y discretos como los de González Obregón; ensayos críticos y biográficos tan felices como los de Antonio de la Peña y Reyes, buen hablilla y buen caballero por herencia; versos tan lindos como los de Fernández Granados, y poesías tan poesías como las de Bustillos. Cito sólo estos nombres porque voy de paso; pero ya me referiré a otros poetas y a escritores de costumbres y a novelistas y a bibliófilos de ese joven Liceo. No son ellos de esos muchachos a quienes embriaga y hace dar traspiés el primer aplauso; no despunta en su espíritu la envidia, ni buscan ávidos las ocasiones de lucir sus talentos, ni solicitan que la prensa dé un redoble en su tambor para anunciarlos, ni juegan a grandes hombres. Ya lo dije antes: estudian, trabajan, crecen, y su pequeña capilla será un templo!

A esa modesta, inteligente y laboriosa juventud, pertenece el Sr. Fernández Granados. El librito que acaba de publicar, revela que posee el autor raras y envidiables condiciones de artista. Es una cesta de mimbre, tejida primorosamente, y llena de fragantes botones. Mañana el Sr. Fer-

nández Granados nos traerá, en canastillo, rosas hermosísimas.

Por supuesto, sus poesías son eróticas. ¡Pobre de aquel a quien el amor no inspire a los veinte años! Pero el amor que canta Fernández Granados, no es el amor sediento, enfermo, de muchos poetas modernos. Es el amor que se parece al placer; el deseo que se ha detenido en una mujer, cual la mariposa en una flor, y que agita sus alas como diciendo: ya volaré a otra!

Oíd una de las más delicadas composiciones que el librito encierra:

EL VINO DE LESBOS

Si queréis de mi lira
oír los sonos,
dadme vino de Lesbos
que huele a flores!

Y si queréis que dulces
amores cante,
venga Lelia a mi lado
y el vino escancie.

Pero no en cinceladas
corintias copas,
porque el vino de Lesbos
se liba en rosas!

El Amor nos lo brinda
y el que lo bebe
arder en sacro fuego,
feliz, se siente.

Es suave como el néctar
Que en los festines
de Olimpo, Ganimedes
alegre sirve!

¡Que venga Lelia hermosa!
y sus hechizos
celebraré en mis cantos,
bebiendo vino!

Veréis cómo la niña,
si oye mis coplas,
me da el vino de Lesbos
pero en su boca . . .
¡Porque el vino de Lesbos
se liba en rosas!

Estos versos están elegantemente cincelados, como el asa de una ánfora de plata, en la que el buril hubiera labrado hojas de vid y pámpanos enredados a los cuerpos de amores juguetones. Trasciende a flor de Anakreón esta poesía, precisamente porque Anakreón ha de ser el poeta predilecto de Fernández Granados.

Hoy por hoy, me agrada y satisface que el autor de *Mirtos* rinda ese culto fervoroso, al cisme de Teos, al *Cupido del Parnaso*, a aquel cuyo estilo sintetiza Horacio en esta frase gráfica: *non elaboratum ad pedem*. Ya, con la intelección de la belleza que Fernández Granados posee, seguirá más tarde a los poetas mayores. A la poesía de Anakreón—como dice Müller en su *Historia de la Literatura Griega*—puede aplicarse con exactitud el juicio de Aristóteles sobre la escuela jonia de pintura representada por Zeuxis: a pesar de la elegancia del dibujo y del hechizo del colorido, falta en ella el carácter moral. En la poesía de Anakreón, todo es aleteo, todo es perfume, todo es murmurio, todo es sabor dulce; por eso Ficker en su *Historia de la literatura clásica* la compara a brillante mariposa, cuyos colo-

res puede marchitar el contacto de la mano más suave; y Molfalcón percibe en ella el aroma de la rosa; y Escalígero, la dulzura del panal, y Víctor Hugo el murmurio de la fuente que brota en la montaña. Los poetas eolios, sus predecesores, eran más profundos y sentían mejor que Anakreón. ¿Amaba éste en realidad? Basta leer la alegoría titulada *La Yegua de Tracia*, para convencerse de que no sabía lo que es amor. Ni por la joven Lesbense de que habla Camaleón de Heraclea, ni por la rubia Euripile, siente el poeta una pasión verdadera. Se posa en ellas—ya lo he dicho—como una abeja en una flor. ¿Cómo ha de saber de amor quien comparando a cierta esquivá con una yegua, le dice:

¿Por qué yegüita tracia
me miras de soslayo
y huyes y te imaginas
quizá que no cabalga?
Pues, guarda, no te enfrene
y te haga, rienda en mano,
en rededor del circo
trazar mil giros rápidos.

Ahora brincas y paces
retozona en los prados,
a falta de un ginete
que te refrene sabio.

Esto se explica por la condición de las mujeres a quienes cantaba Anakreón. Dice Müller: «Las jóvenes con las cuales quiere bailar y jugar Anakreón, ofreciéndoles, después de serna suculenta, una canción acompañada de la péctide, son hetairas o cortesanas, como las bellidades cantadas por Horacio.»

Inútilmente buscaréis en este poeta uno de esos gritos de pasión humana que brotan de la lira de Safo: Anakreón no amó. El canta lo agradable, lo dulce, lo bien oliente, lo bello. «Su poesía—dice con mucho acierto D. Federico Baráibar—no va nunca más allá de la superficie.»

Celebra los encantos del vino; pero tampoco sospechéis por eso que es un ebrio. Ateneo lo dijo: «Siendo sobrio y bueno se finge beodo al escribir.» Cuando Anakreón dice:—estoy borracho—me parece oír decir a un chuparroza, des-

pués de libar el néctar de una flor:—salgo de la cantina.

Por cierto, que sería curioso asunto para un estudio literario, comparar a los diversos poetas que han celebrado el jugo de las vides. Para Anacreón, por ejemplo, era el vino un esclavo que lo coronaba de flores, y disponía, para entretenerlo, la danza de las ninfas; para los vates románticos, era el Ganimedés que escanciaba el olvido; para muchos poetas modernos, como Edgard Poe, como Baudelaire, Rollinat, como muchos otros, es el amo tiránico, el que nos postra en tierra, el que nos hince la rodilla en el pecho, el que nos envilece; el que nos azota, y al que seguimos, a pesar de todo, como la mujer perdida sigue el amante brutal que la golpea. ¡Qué diferencia entre el risueño Dionysos de Anacreón y la terrible Hada Verde! «El Baco cantado por Anacreón—dice un buen crítico—no es la poderosa deidad cuyos vapores producían los furiosos extremos y el frenesí de las orgías, sino el amable Lieo, disipador de penas y desarrugador de ceños; compatible con las musas, enemigo de estruendo y de gritería, y amigo de la buena socie-

dad, con cuyos atractivos, más bien que con el zumo de la vid, da alivio y esparcimiento al corazón.»

La poesía de Anacreón—poeta predilecto de Fernández Granados—es toda gracia. Pasa volando a flor de sentimiento, como el pájaro a flor de agua, y si por acaso zambulle descuidada la extremidad de sus plumas en las ondas, sacúdelas en el acto, dejando caer brillantes perlas que iriza el sol un breve instante. Pero esta poesía, por excelencia superficial, es por excelencia amable. No se resiste a su hechizo, y se encanta uno al verla travesear, sana y alegre y bella y bulliciosa, como se encanta mirando corretear a un niño hermoso. Tiene muy grande parecido esta poesía con el Euforión del *Fausto*, con aquella criatura casi hecha de aire. Después de saborearla hay que exclamar con el comentador de la colección anakreónica de Parma: «Almas sublimes, discípulos de Apolo, que desde Alcman habéis suscitado, cultivado y difundido en toda Grecia la poesía lírica: ¿hay, por ventura, vate alguno que en ingenuidad y candor y dulzura métrica, haya podido vencer al cantor Teyo?»

Hace bien el Sr. Fernández Granados en admirar a este poeta; en cazar mariposas, en beber vino en pétalos de flores y en purpúreos labios; a condición de que luego, él, que puede volar muy alto, deje a Anacreón dormido, para ir a conversar con Virgilio o con otro de los poetas magnos. Yo le encarezco, sobre todo, que no caiga en el amaneramiento de los empalagosos imitadores españoles de Anacreón. Lea a Anacreón, lea a Ibyco, lea a Stesicore, a Erina, a Alceo, mientras le dure el amor a esa musa alada y voluptuosa; pero no lea ¡por Dios! a Meléndez, ni a Arriaza, ni a ningún dulcero del Parnaso! Entre la poesía de aquellos y la de estos hay la misma diferencia que entre besar y besuquear.

Venturosamente, el Sr. Fernández Granados tiene excelentes aptitudes de artista, y muy buen gusto. Ya lo llamó Trócrita; ya lo solicita Ovidio; y él irá. En el romance *El Baño* aparecen de resalte sus muy notables cualidades de poeta descriptivo. Esta composición, *El Vino de Lesbos* y *El Brindis*, son, a mi juicio, las mejores del libro. Andando el tiempo—no ha de cansarse mucho—nos dará el Sr. Granados otras «Sin-

fonías de los veinte años»—como las de Arsenio Houssaye.

Los *Mirtos* revelan que su autor es joven, y es poeta, y es dichoso. Merece serlo.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

1888